Los tucanes no hablan-pages_OK.indd 1 26/12/16 4:59 p.m.

Los tucanes no hablan-pages_OK.indd 2 26/12/16 4:59 p.m.

www.loqueleo.com

Los tucanes no hablan-pages_OK.indd 3 26/12/16 4:59 p.m.

Los tucanes no hablan

© Del texto: 2006, Francisco Montaña Ibáñez
© De las ilustraciones: 2006, Carolina Bernal
© De esta edición:
2016, Distribuidora y Editora Richmond S.A.
Carrera 11 A # 98-50, oficina 501
Teléfono (571) 7057777
Bogotá — Colombia
www.loqueleo.com

• Ediciones Santillana S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires
• Editorial Santillana, S.A. de C.V.
Avenida Río Mixcoac 272, Colonia Acacias,
Delegación Benito Juárez, CP 03240,
Distrito Federal, México.
• Santillana Infantil y Juvenil, S.L.
Avenida de Los Artesanos, 6. CP 28760, Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-958-9002-96-4
Impreso en Colombia
Impreso por Colombo Andina de Impresos S.A.S.

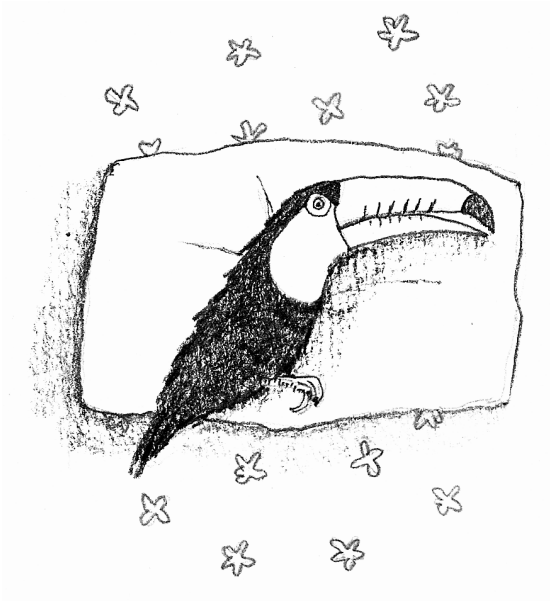
Primera edición en Alfaguara juvenil Colombia: mayo de 2006
Primera edición en Loqueleo: diciembre de 2016
Primera reimpresión en Loqueleo: mayo de 2017

Dirección de Arte:
José Crespo y Rosa Marín
Proyecto gráfico:
Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

Los tucanes no hablan

Francisco Montaña Ibáñez



loqueleo

Los tucanes no hablan-pages_OK.indd 5 26/12/16 4:59 p.m.

A Tita en su luz naranja
A mis dos hijos, Matías y Violeta
A los días de sol

Tiembla, pensó al verlo moverse como un animal azarado.

La tía gritaba:

—¡Qué dicha! ¡Por fin llegaron! ¡La noticia llegó hace como dos semanas! ¡Qué demora! ¡Ay, Dios! ¡Cómo están de grandes! ¡Qué belleza! ¡Qué demora! ¡Dios, casi no llegan! ¡Si la carta llegó hace días! ¡Cómo están de grandes! ¡Hace tiempo no los veía! ¡Ay, Dios, si no fuera por eso, de pronto ni los vuelvo a ver!

No paraba de hablar ni de tocarles la mejilla al uno y al otro.

Aquiles, sofocado y enrojecido por el calor, sostenía su maleta en la mano.

La tía tomaba y dejaba en la mesa del comedor la carta escrita con cuidado. Aquiles reconocía la

letra. Sí, con esa letra habían escrito la carta que ellos habían recibido.

—Entonces, ¿los niños se quedan? —gimió el marido sacudiendo su papada.

Tiembla, confirmó Aquiles; como una morsa, tiembla.

—Sí, pues claro que se quedan, ¡qué dicha! —asintió la tía—, ¡cómo han crecido!, ¡cómo están de lindos!, ¡iguales a su mamá!

—¡¿A su mamá?! —preguntó el hombre tocando el papel sobre la mesa con la punta de los dedos—. ¿Por qué les dice eso?, ¿por qué a su mamá?

La tía miró a su marido y después a sus dos sobrinos con la boca abierta. No sabía por qué lo había dicho. Tomó la carta y la movió en el aire un par de veces sin decir nada. La dejó sobre la mesa de nuevo y se disculpó por fin:

—El aire de familia. Se parecen también a mi papá. A su abuelo. ¿Se acuerdan de él?

Santi respondió que sí, que se acordaba del abuelo, que cómo no se iba a acordar si era su abuelo, el papá de su mamá: su hermano, el conciliador.

¿Cuándo terminaría de pasar todo esto? Es lo que hubiera querido saber Aquiles. Su hermano

había dejado las cosas en el piso y se había sentado en el sofá: su hermano el relajado.

—Deben tener hambre, pobres criaturas, menos mal estoy yo, menos mal tienen a su tía Peggy que los quiere, que los ha querido siempre. ¡Qué tragedia, qué desgracia! ¡Cuando me enteré casi no lo puedo creer! ¡Por Dios! Es que, si uno no lo vive, no lo cree. Menos mal después de todo llegaron. Recibí la carta y pensé que ahí mismo iban a llegar, al otro día o algo así... Pero, bueno, menos mal al fin están acá.

Seguían de pie. El marido miraba de un lado para otro sacudiendo la carne flácida de sus cachetes.

"¡Respira, animal!", pensó Aquiles y el gordo soltó una bocanada de aire. La tía seguía hablando, casi lloraba mientras apretaba las manos de Santiago contra su pecho.

—¿Vamos? —pidió Aquiles.

—¿A dónde? —preguntó la tía con los ojos húmedos y sin soltarle las manos a Santiago.

Para llegar al cuarto de atrás atravesaron el jardín por un sendero de baldosas cubierto por un techo de marquesina. Al baño se llegaba pasando por el jardín.

—Hace días tenía todo listo —repetía la tía estirando los cobertores de las dos camas—, todo listo para recibirlos, pobres criaturas.

Rudolf miraba desde el umbral como si estuviera presenciando algo que a pesar de sus súplicas había terminado por ocurrir. Aquiles se tiró sobre la cama y escondió la cara en la almohada. Su hermano, en cambio, se dejó ayudar por la tía a desempacar la ropa y las cosas y acomodarlas en el cofre que le correspondía. Aquiles gemía, en voz muy baja, pero era claro que todos oían sus ronquidos.

—¡Qué dolor! ¡Qué pérdida! —repetía la tía cuando miraba a Aquiles mientras Rudolf, aún desde el umbral, movía la cabeza de un lado a otro. La almohada tenía un olor agrio como a leche podrida. Aquiles levantó la nariz para evitarlo y miró a Rudolf, que apartó la cara volviendo a temblar.

—El colchón es de espuma —dijo Aquiles levantándose. No era una queja, era una confirmación.

—¡Y las cobijas, de lana! —aseguró la tía—. Ni modo que les fuera a poner cobijas de poliéster. ¡Con este frío!, ni modo, mijo, se me congelan. ¡Pobres criaturas!

—No exagere, mamita —dijo por fin Rudolf. Su voz era ridículamente aguda. Los tres lo miraron, estaba colorado.

—¿Y eso usted por qué me dice así? ¿Desde cuándo volvimos con los amores? —preguntó Peggy sacudiendo del fondo del segundo baúl restos de polvo y una bolita de naftalina enmohecida para guardar en él el equipaje de Aquiles.

Rudolf sacudió con violencia la cara y miró a los niños.

—Es que...

—¡Tengo hambre! —lo interrumpió Aquiles.

—¡No interrumpa, hombre!

—Déjalo, Santi —pidió la tía.

"De manera que a este ya le dicen Santi", pensó Aquiles.

Rudolf levantó los hombros con resignación y se volvió a la casa atravesando el jardín con pasos lentos.

Peggy siguió acomodando las cosas en el baúl mientras se movía por el cuarto y se detenía frente a la mesa de noche que separaba las dos camas. Levantaba y volvía a dejar la lámpara en el mismo sitio una y otra vez.

—... para que lean por la noche... ¿Sí leen por la noche? Aquí están las velas por si se va la luz, a veces la quitan en estos barrios. Aquí hay unos libros, de los que vivían aquí, unos pelaítos, casi como ustedes. ¡Alma mía, Dios bendito!, ¿por qué pasan estas cosas en el mundo, por qué?

—Tranquila, tía —le pedía Santiago.

Aquiles la miraba moverse, mostrarles por quinta vez el timbre.

—... para las emergencias —decía haciéndolo sonar—, nunca se sabe. A veces se entran animales o cosas así y es mejor timbrar para que sepamos.

—Tranquila, tía. Estamos acostumbrados.

Aquiles no entendió a qué estaban acostumbrados. La verdad es que Aquiles tenía hambre, había sido un viaje terrible. Habían desocupado la casa que había sido suya siempre y de la cual un juez les había arrebatado las llaves para venderla y pagar todo lo que habían gastado desde que su mamá se había ido. Habían tenido suerte de que alcanzara para pagar lo que se debía con el embargo, les dijo el juez. Habían sido casi doce meses, decía y les daba vueltas a las llaves en su dedo. Doce meses gastando sin que nadie pagara. Doce meses esperando. Esas cosas pasan, decía el juez, es una lástima, pero pasan, la gente se va y no vuelve, decía. Pero es una suerte que puedan pagarlo todo. El que paga lo que debe sabe lo que tiene, decía. Nada, no tenían nada. O escasamente la ropa, como le había repetido su hermano, nada más que la ropa. Pero Aquiles no podía creerlo y había tratado de coger otras cosas que le quitaron cuando lo requisaron al salir de la casa. Vio cómo resultaban en manos del juez gordo y bajito la bola de cristal que su mamá tenía sobre el tocador y la hebilla de plata con la sirena labrada,

Los tucanes no hablan-pages_OK.indd 15 26/12/16 4:59 p.m.